

EL DEFENSOR DEL OBRERO

CRONICA SOCIAL

«—:—»

Cuarto menguante

Casi todas las obras humanas, casi todos los conflictos y la totalidad de todos los problemas, tienen en su planteamiento y resolución fases accidentadas y períodos de crecimiento, de calma y de retroceso, que pudieran muy bien compararse a las fases del astro de la noche.

Y todas esas variantes y todos esos fenómenos obedecen a causas muy diversas, procedentes unas de la índole misma de los problemas, y otras de su mal planteamiento.

Los movimientos sociales, concretados y exteriorizados en huelgas y peticiones de aumentos de salarios, han sufrido de poco tiempo a esta parte un notable estancamiento; son varias ya las que se han perdido, y son muchas las que han abortado antes de nacer; y si bien es cierto que influye en su resultado y tramitación la mayor o menor pericia y acierto de las autoridades y la mayor o menor garantía del orden que ellas representan, no dejan de ser factores importantes y decisivos la necesidad y la justicia de la reclamación formulada. Con datos a la vista casi podíamos asegurar que el 99 por 100 de las huelgas que se pierden son injustas, y la totalidad de las que se ganan llevan dentro de sí esa luz convincente de la verdad y de la justicia que filtra sus rayos a través de todos los obstáculos y triunfa y desvanece todos los errores.

Y al hablar así no nos mueve otro sentimiento que el del amor al obrero; y al hacer las consideraciones que vamos a exponer, no nos guían otros móviles que el de prestar nuestro modesto concurso a la obra de regeneración social, que no se llama huelga y violencia, sino paz, amor, discusión serena y fundada alrededor de necesidades sentidas y no satisfechas.

Plantado el problema en este terreno, vamos a desmenuzarlo.

Lo primero que salta a la vista es el egoísmo que reina entre los diferentes elementos o profesio-

nes obreras: sólo reclama el que es o se cree fuerte; sólo se impone el que puede, en un momento dado, hacer presión sobre los débiles, y por ello es patente la injusticia que se nota y palpa, de que mientras algunas profesiones han doblado o triplicado su jornal, hay otras que siguen abandonadas sin haber conseguido ninguna mejora y sin que la solidaridad que en determinadas ocasiones se les exige para que secunden paros generales, se traduzca en otra cosa más que en pérdidas de jornales o agravación del problema de la vida, para aquéllos de los que sólo se acuerdan cuando les conviene y a quienes abandonan o persiguen con sus burias cuando el conflicto ha terminado.

En este fenómeno influyen también las creencias y la política; para muchos de los mangoneadores, sólo son dignas de atenderse las reclamaciones de los que, en un momento determinado, les entregan su voluntad y su conciencia, y le sirve de escabel para poder presentar en las taquillas políticas su influencia y su poderío, a cambio de favores, promesas y mercedes que no van a parar ciertamente a la masa, sino al aprovechado bolante del agente organizador.

Desde el momento en que subsisten estas divisiones obreras, nacidas, no del campo de las necesidades, sino del campo de las creencias y de la política, la envidia invade todos los terrenos, las apreciaciones personalistas crecen de manera alarmante, y el despecho unas veces, el amor propio otras, y los recuerdos de anteriores fracasos o de represalias recientes, revive en cada momento, y en vez de la razón serena y el juicio equívoco, entra en liza la pasión y el odio, haciendo que se acepten como buenas, soluciones solo porque perjudican a determinado grupo, y se rechacen como malas e inadmisibles aquellas que favorecen al enemigo por la misma razón de odio y competencia.

Comprenderán los obreros en general, a los cuales principalmente nos dirigimos, que planteadas así las cuestiones, los resultados han de ser cada vez más

negativos, y las consecuencias más funestas para los que, al hacerlo así, olvidan que en los problemas de la vida económica no deben intervenir otros factores que los de esa misma índole, sin que se puedan invocar escuelas ni partidos, allí donde sólo cabe argumentar con necesidades y números. Y véase por dónde las orientaciones más amplias y los horizontes más serenos están precisamente en esas admirables organizaciones obreras católicas, más equívocas, más serenas y más conscientes que todos los conglomerados de enfrente, que solo se preocupan en hacer política a costa de los obreros, y en menospreciar, vejar y abandonar en definitiva a los que no les prestan incondicional y humillante vasallaje.

Otro de los factores que influyen indudablemente en el menguante que señalamos, es el olvido constante, o más bien, la aversión singular que se tiene a la fijación del trabajo útil en determinada jornada y salario, y que este olvido no es involuntario, ni esta aversión impremeditada, lo demuestra el que en casi todas las peticiones se formula la demanda de la supresión del trabajo a destajo, y contra esa indeterminación y contra esa invasión de la holganza, en formas y jornadas inverosímiles, claman constantemente las leyes económicas, el sentido común, las reglas todas de la vida industrial y mercantil, y hasta los mismos obreros aptos y conscientes de su deber, que pedían, deberían y obtendrían más beneficios y más jornal si se tuviesen en cuenta su capacidad, su amor al trabajo y sus facultades productivas, evitando la injusticia que supone el premiar con el mismo salario al obrero útil y productivo que al holgazán y remiso, en el que encarnan siempre los agitadores profesionales.

Dejamos para lo último unos argumentos muy delicados y vitiosos de leer, pero que queremos también exponer para que se juzgue serenamente de nuestra imparcialidad de juicio, y ya que muchas veces han tachado nuestras campañas de exclusivas en beneficio del obrero, vean los

argumentantes en ese sentido (que también sabemos objetar a las pretensiones de los trabajadores cuando estas lo merecen).

La carestía de la vida es el tópico más manido de todas sus pretensiones, y por si esto, expresado así, en general, fuera poco, descienden a detalles de telas, trajes, calzado y subsistencias, y en ese terreno escabroso vamos a salirlos al encuentro.

Cierto que la vida se ha encarecido, pero hay jornales que sobrepasan en mucho el encarecimiento sufrido, y conste que los argumentos que vamos a exponer son para ponerlos a la consideración de esos afortunados obreros y para que los tengan en cuenta y soliciten los aumentos necesarios los que, por injusticia notoria, aún están sujetos al régimen y condiciones de lo que podíamos llamar anteguerra.

Hay jornales que se han doblado, y no hay nadie que pueda asegurar honradamente que el valor de los elementos indispensables para la vida se hayan duplicado, porque ni el pan, ni la vivienda, ni el calzado, ni el vestir ni la educación ni nada se ha duplicado diariamente, y decimos diariamente, porque en ello estriba la confusión. El aumento de jornal se percibe todos los días, y el aumento de casi todos los artículos es por unidades, que no se consumen en un día, y allí está el origen de la confusión, y para demostrarlo vamos a recurrir a ejemplos prácticos:

Unas botas o un traje cuestan ahora doble que antes; pero el aumento que ello significa hay que repartirlo en el tiempo de su duración, y si ésta es de medio año y el aumento en uno u otro artículo es de 15 o 75 pesetas, hay que dividirlo entre los seis meses de su utilización, y resultará que el obrero gastará en calzado menos de diez céntimos diarios más, y en vestido no llegará a dos reales diarios; y esto es en los artículos más encarecidos, porque el aumento de casa, luz y subsistencias no llegará con mucho, en la mayoría de los casos, a sobrepasar el aumento obtenido en los jornales.

Hemos creído necesario hacer estas observaciones, que demue-